

843
B.

PQZ199
R68



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

IMPRENTA CLÁSICA ESPAÑOLA - GLORIETA DE LA IGLESIA.—MADRID

BRUTUS

I

Hace de ello unos diez años. Eso en París es medio siglo. ¿Quién recuerda ya, como no sea algunos profesionales de la anécdota, cuentistas de café o viejas viudas que incesantemente refrescan sus recuerdos refiriéndolos; quién recuerda ya, digo, la extraordinaria impresión que causó en la sociedad la inesperada noticia de que los Gueneville se divorciaban? El naufragio de aquel matrimonio elegante apasionó quince días todas las esferas; porque, en efecto, los Gueneville se relacionaban con todas las esferas. Con el barrio de San Germán y su «crema» por ella, que era nada menos que una Candale, de la rama segundona y pobre, pero bastante para levantar una imponente oleada de parentela, entre la calle de San Guillermo y la explanada de los Inválidos. Con el mundo de los deportes por él, oficial retirado, miembro de dos Círculos distinguidos y comisario de carreras en Auteuil. Con el medio elegante por los dos: ella de veintiséis años, con un superior sentido del tocado, y hermosa, de tez

deslumbradora, de cabellos rubios y divino talle; una de esas bellezas llamativas para las cuales los ingleses han creado la palabra intraducible *striking*; él, de treinta y ocho años, guapo todavía, gallardo, con un no sé qué de impresionante en su viril fisonomía de franca expresión, recia y tosca. Era cosa de desconcertarse ante todas las ideas sostenidas sobre el atavismo, pues el padre de Teodoro de Gueneville se había llamado Fortier a secas durante todo el Imperio, época en que había amasado, mediante hábiles especulaciones de terrenos, los doscientos mil francos de renta que dejó a su hijo.

Considerable fortuna que permitió al ilustre especulador blasonarse al llegar a la vejez, sin ponerse demasiado en ridículo, alegando, con más o menos fundamento, parentesco con unos auténticos Gueneville, ennoblecidos a su vez hacia 1700 «mediante la suma de 1.250 libras». Ennoblecimiento que no fué ninguna tontería, porque gracias a ese lustre pudo el villano aliarse con los Candale sin gran extrañeza. Aquel origen conservaba además lazos con una cuarta ralea: la de los negociantes que pasan por hombres de mundo. Si a todos estos elementos de escándalo añadís este otro: la curiosidad, comprenderéis el desenfreno de lenguas femeninas y masculinas que la separación del matrimonio Gueneville debió de provocar. Hasta allí la joven pareja había pasado como un enlace perfecto. Jamás se había hablado ni de ella ni de él, y, sin embargo, pleiteaban el uno contra el otro. ¿Por qué?... No se podía en aquella época entrar en un salón, o en un palco, o en un círculo, sin oír alguna frase por el estilo de las siguientes, subrayadas por el guiño de ojos, la inflexión de la voz y ese aire de importancia que revela al enterado, al hombre o mujer al corriente de los verdaderos chismes del día.

— ¿Sabe usted la nueva?... ¿No?... ¡Pues nada! María de Gueneville se separa. ¡Pobre muchacha! ¡Tan linda! ¡Tan delicada!... ¡Y sobre todo, tan correctal... Parece que el bárbaro del marido la engañaba desde el principio de su matrimonio... ¿Lo hubiera usted creído?... Yo, no... En fin, ella lo ha descubierto todo. Claro que toda la culpa es de él, que abandonó desde luego el hotel, procediendo al menos correctamente. Pero si esperaba ablandarla, se equivocó... Menos mal que no tienen hijos...

— ¿Sabe usted la nueva?... Gueneville deja a su mujer. Por lo visto, ha descubierto un lío. ¡Sí, sí!... Se habla de Barsac. Sí, de Barsac, el rubio... Pero, al parecer, el juego era doble y Gueneville también la corría por su parte. María posee tales pruebas, que va a tener que andar con cuidado... Además, se dice que se ha comido, que se ha comido... Jugaba a la Bolsa y en todos los garitos... ¡Además, hay faldas!... ¿Quién lo hubiera sospechado, ni en ella ni en él?... Desde luego, de ella no hay seguridad, y puesto que él la traicionó de esa manera, francamente, tiene culpa...

— ¿Sabe usted la nueva?... Que los Gueneville se separan. No podía acabar eso de otro modo. Una Candale no debe casarse con un Fortier... Dicen que era un infame en la intimidad... La pegaba... Claro, claro que bebía... Todos esos hombres que no abren el pico en sociedad, nueve veces de diez, créame, son los peores *pocharás* (curdas). Ya sé, ya sé que la palabra no está en el diccionario de la Academia; pero expresa bien lo que quiero decir, sobre todo en este caso. El *pochard* (curda) es el borracho que se golpea, que se descalabra. ¡Una Candale peleándose con su marido!... ¿Qué le parece a usted eso? Ella le puso a la puerta de la calle y él no protestó. Ella conserva el hotel. Esto da la clave del asunto, ¿no?...

De todas estas murmuraciones y otras semejantes, que sería enojoso consignar, con sus implacables «según parece»... y sus terribles «¡es claro, es claro!»... una cosa resultaba evidente: el mundo culpaba a Gueneville. Tenía mala prensa, como se dice en la jerga de hoy día. Estas corrientes de opinión mundana se manejan de ordinario a voluntad y redundan muy a menudo en favor de aquel contra quien se desencadenan.

Y él no supo o no se dignó dirigir las. Se sabe esto y a sabiendas sufre uno mismo la influencia de estas charlas tendenciosas, instintivamente, por un fenómeno de sugestión casi invencible. Por mi parte debo decir que no conocía a los Gueneville más que de una manera superficial, por haber cenado con ellos cinco o seis veces. Mi impresión personal había sido más bien desfavorable respecto a la joven esposa, y simpática en cuanto al marido. Ella me había dado la idea de una de esas fisiologías harto brutales bajo apariencias delicadas, como la de ciertas mujeres en cuyas venas duerme una herencia de cazadores y soldados. Esas criaturas tienen nervios de acero bajo una epidermis de pétalo de rosa, y rudezas de tirano asiático al servicio de sus caprichos. Teodoro Gueneville me había agradado, en cambio, por cierta dignidad en su cortesía, un poco displaciente, en que creí diagnosticar uno de los rasgos más interesantes y más ignorados del burgués que ha ascendido de clase, cuando verdaderamente merece dicha ascensión: un respeto singular por su propia persona, la capacidad de grandes prejuicios respecto a sí mismo y a los demás, y por último, la necesidad de sentir noblemente que tantos verdaderos nobles no experimentan nunca. Ni la antipatía ni la simpatía prevalecieron contra la sugestión de la maledicencia. Me imagino en la época a que estas reflexio-

nes me remontan, es decir, en el momento en que las murmuraciones en torno de este incidente conyugal se hallaban en su apogeo, entrando en un círculo del bulevar del que yo era socio, para perjuicio de mi bolsillo, porque se jugaba bastante caro. Hacía varios meses que no había vuelto a consecuencia de una pérdida algo fuerte. Entré en la sala del bacará: entre los puntos estaba tallando, a banca abierta, el sombrero algo echado para atrás, un cigarrillo en la boca, una flor en el ojal del traje, vestido con la elegancia del trasnochador, con chaleco blanco que no hacía más que acentuar la ignominia de su actitud, el protagonista de todas aquellas habladurías, el propio Teodoro de Gueneville, en carne y hueso. Su actitud osada denunciaba al hombre decidido a arrostrar el qué dirán, y que se ha desenmascarado y se divierte a su antojo. A la mano tenía en una bandeja una botella de *whisky* y un sifón de agua de Seltz. De cuando en cuando, entre dos barajas, preparaba e ingería un vaso de aquella atroz mescolanza. Los billetes de Banco y las onzas de oro se amontonaban ante él justificando el antiguo adagio sobre la suerte de los borrachos. Todos los parisenses que allí había, ocupados, los unos, en jugar, los otros, de mirones, conocían su historia; pero parecía que la hubiesen olvidado como él mismo, porque de hecho toda partida de cierto riesgo despierta un interés casi bestial que comenzaba a hipnotizarme a mí mismo. Vino a sacarme de aquella contemplación estúpida, ante las idas y venidas de ochos, de cincos y de monos, una mano que se posó sobre mi hombro, la de uno de mis camaradas de entonces, hoy muerto como tantos otros. Se llamaba Arturo Langlois y había ido conmigo al colegio; nos habíamos encontrado, después de habernos perdido de vista, tan íntimos como si jamás hubiésemos dejado

de *sodalizar*. Esta voz no es francesa, y a fe que merece serlo con más razón, desde luego, que el innoble vocablo de *pochard*, cuyo grosero origen no recuerdo. El *sodalis* entre los latinos no era el amigo, era el compañero con quien se juega, el convidado predilecto, el conversador que predispone a la charla más franca. Yo admiraba en Arturo el gusto con que veía y comprendía la vida, los caracteres y los sentimientos. Quizá, de haber tenido una existencia menos holgada, ese don de ver claro en la realidad, como decía Beyle, se hubiera transformado, en Langlois, en talento de escritor. Por lo pronto, este delicado mozalbete de tez intensamente pálida, de hundidos ojos azules, de hombros angulosos, propenso a la tisis, se conformaba con derrochar la juventud que le quedaba entregándose a aventuras que no siempre eran dignas de su distinción. Nocherniego empedernido, a pesar de la tos que le aquejaba ya, acababa de entrar en aquel garito con la firme intención de probar fortuna y procurarse la ligera sacudida nerviosa que el juego procura a sus adeptos. Además, mi encuentro y el de Teodoro de Gueneville bastarían para distraerle. Una anécdota cualquiera, un problema humano que se planteara, era motivo suficiente para que aquel juerguista cediese el puesto al conversador. ¡Ay! A veces se siente uno cansado de sobrevivir cuando se piensa en tal o cual desaparecido y oye uno su voz, reconoce su mirada, su ademán, su modo de pensar y de sentir... ¡Y luego, nadal...

—¿Te has fijado cómo juega Gueneville?—me dijo, asiéndome del brazo y llevándome aparte a un diván, donde fuimos a tendernos en una soledad tan completa, a pocos pasos de aquella mesa de bacará, como si hubiésemos estado conversando en el salón de Langlois o en mi despacho. —¡Qué estómago

tienel... —Y sobre todo tupé—le respondí—. Tallar en público y alcoholizarse como lo hace mientras se ventila el proceso con su encantadora mujer, es tirar piedras a su tejado. ¡Que el abogado de su mujer vaya a contar a quien corresponda por derecho estas sesiones «de pedir con cinco», con acompañamiento de *whisky and soda* como la de esta tarde, y ya verás los considerandos de la sentencial... Y no es sólo el tribunal, es la opinión...

—¡Pero si eso es lo que él quiere!...—exclamó Langlois encogiéndose de hombros—. ¿No lo has notado, tú, que eres observador de oficio? No es que te adule. No tiene nada de extraño. Tú has oído hablar a las gentes sin reparar en que todos los Candale y toda la parentela de los Candale habían dado el... ¿Quieres que te diga lo que es Teodoro de Gueneville? Pues bien, es un Brutus...

—Un Brutus—me dije, sin que me ofendiera el tono algo insolente con que mi amigo me daba la lección. Las viejas amistades de los compañeros de infancia tienen el encanto de no dejar sitio al amor propio. Por lo demás, la rareza de aquella cita clásica, a propósito de un lazo parisiense de orden tan banal, me desconcertaba, lo confieso.

—Llamo Brutus—agregó mi amigo—a todos los personajes—¡y mira tú si abundan!—que se divierten haciendo el payaso o el vicioso con el fin de procurarse una especie de coartada moral, si puedo expresarme así. Por ejemplo, es para mí un Brutus el marido burlado que, desesperado de serlo, trata con afectación de enumerar, cínicamente, las traiciones de su mujer, como aquel que a sí mismo se llamaba el primer Sganarelle de Francia... Y es también un Brutus el aldeano advenedizo a quien la suerte ha deparado una situación importante—ministro, general o arzobispo—, nosotros lo hemos presenciado

ya, y que blasona de rudo, que se complace en hacer gala de sus propios defectos extremándolos, a falta de aptitudes para corregirlos... Es un Brutus, por último...

— Comprendo—le interrumpí—: un Brutus es el comediante de sí mismo.

— No del todo replicó al punto Arturo—, por que semejante Brutus (me refiero a Gueneville) no es ni jugador ni borracho. Hay Brutus que cambian su propio carácter. Los hay que se disfrazan. El rasgo común consiste en que todos por igual se procuran una silueta ridícula, si no odiosa, por mero afán de adelantarse al epigrama o desorientar la observación. Tú mismo acabas de ver que Gueneville da la razón, con su actitud, a los que se han pronunciado contra él en sus enredos matrimoniales.

Ahora escucha esta historia: Hace dos años que me presentaron a la señora de Gueneville. Sin saber por qué, se muestra amable conmigo y me invita para que me vaya a verla. Voy una, dos, tres veces, sin pensar, claro es, en cortejarla; un poco por ociosidad, como suele suceder, y un mucho porque era amiga de otra persona, ausente en aquellos momentos de París, y que yo tenía muy pocas ocasiones de encontrar. En esas tres visitas, más íntimas, lo confieso, de lo que exigen las conveniencias, me encontré con Gueneville, cuando no en la puerta, en la escalera. En la cuarta quiso el azar que no hubiera salido todavía del saloncito de su mujer. Nos dejó solos, como marido bien educado; pero al salir me lo encontré en el rellano y me dijo: —¿Quiere usted concederme unos minutos, querido Langlois? —Bueno está—pensé—, se ha puesto celoso. Esto marcha... —Le acompañé al fumadero y apenas estuvimos cara a cara, comenzó:

— Cuatro veces ha venido usted a visitar a la se-

ñora de Gueneville en el lapso de diez días... No proteste—insistió al ver un gesto que no pude contener—, y déjeme hablar... No me vaya a tomar ni por un marido ciego, ni por celoso. No soy ni lo uno ni lo otro... Tengo, sí, mis ideas personales acerca de los deberes de todo hombre galante en lo que respecta al matrimonio. No debe ser ni juguete ni tirano. Yo juré cuando me casé que si algún día mi mujer se enamoraba de alguien, me alejaría, pero diciéndole a tal individuo lo siguiente: Ella le ama y usted le ama. Yo me retiro... Solamente, y puesto que usted me la quita, debe usted conservarla. Me voy, pues, más para volver un día si usted la abandona, y entonces, créame que no le irá a usted muy bien...

— Este discurso, querido Langlois, se le he soltado ya a dos de mis amigos que, como usted, parecían interesarse por la señora de Gueneville y de quienes yo creía, como de usted, que le interesaban a ella. Ambos comprendieron al punto que yo no me andaría en bromas, y sin duda su interés no era muy grande, pues desde entonces sus visitas enrarecieron... Debo agregar que mi casa seguía abierta para ellos, como lo está para usted... No le ofenderá mi franqueza y seguiremos siendo buenos amigos, ¿no es verdad?...

— ¿Y tú escuchaste hasta el final esa asombrosa declaración?—le interrogué.

— Tú mismo habrías hecho otro tanto—replicó—, porque habrías sentido, en efecto, que te hallabas frente a un hombre que te hablaba con lo más íntimo de su corazón; con la voluntad de su voluntad... Si yo pudiera traducirte ahora su acento y su mirada, deducirías lo mismo que yo deduje...

— ¿Que habrá soltado ese mismo discurso a un cuarto pretendiente, al joven Barsac, por ejemplo?... Perfectamente.

— ¿Y que Barsac ha ido más allá, consiguiendo que María de Gueneville se enamorase de él?... Perfectamente también.

— ¿Y que el marido hace el jugador y el borracho para que toda la culpa de la ruptura recaiga sobre él? ¿Tú crees eso posible?...

— Yo no sólo lo creo—respondió Langlois—, sino que estoy seguro... Pero ya que estás advertido, abre los ojos, y algún día verás si tengo razón o no...

II

Yo había abierto bien los ojos, después de esta conversación, para no ver sino una serie de hechos del orden más vulgar y que excluía esa hipótesis de un marido, profunda, trágicamente novelesco, que iba a renovar el sacrificio del Jacobo de Jorge Sand, de una manera bien extraña. Cuando se está en la novela, ¿dónde comienza lo extraño y dónde termina lo verosímil?

Al poco tiempo, la separación de los Gueneville se concertaba amistosamente y sin más escándalo. María de Gueneville se quedaba con el hotel y con unarenta considerable. Y el público continuaba no concediendo al esposo ninguna consideración por sus generosidades, que todo el mundo calificaba de forzadas. Ni el uno ni la otra habían tratado de transformar esta separación en divorcio. La sociedad, por su lado, había alabado la corrección de la joven esposa, por una de esas aparentes inconsecuencias que provocan la indignación de los moralistas cortos de vista, y en las que el filósofo admira el infalible instinto de la naturaleza social. El desorden de una unión

como la que María de Gueneville hiciera pública, al poco tiempo, con Barsac—en este punto Langlois no se había equivocado—significa una falta individual, más culpable en sí que la regularidad del segundo matrimonio de una divorciada. ¡Pero qué diferentes las consecuencias! Esa diferencia no instituye un tipo de sociedad anárquica, y su degradación la hace menos contagiosa. Sea como fuere, y fuesen ellos o no culpables, en los salones se había acabado por dar la razón a los dos amantes contra el marido que, por su parte, parecía desmentir las teorías de Arturo Langlois acerca de los Brutus. Si de veras había querido hacer la comedia del vicio y de la crápula a fin de desviar las sospechas y disimular las causas verdaderas de la ruptura con su mujer, ¿por qué continuaba jugando, bebiendo y frecuentando ostensiblemente las malas compañías, cuando la leyenda de su culpabilidad era cosa tan sabida? Aunque, a mi edad, mis relaciones con el mundo de los troneras se había ido espaciando cada vez más, conservábalas en grado suficiente para que aún me llegasen sus ecos. El nombre de Teodoro de Gueneville reaparecía sin cesar en las reseñas de «grandes juergas», atestiguando así su perseverancia y la devoción que le inspiraban la sota de espadas, la sota de copas y el demonio de los *cocktails*. Por entonces emprendí con frecuencia largos viajes. Arturo Langlois murió entretanto. Pasaron los días, y el tiempo fué ejerciendo su imperceptible e irresistible poder sobre mis costumbres y mis ideas, hasta el punto de que no habiendo vuelto a encontrar jamás a la señora de Gueneville, ni a Melchor de Barsac, ni a Teodoro de Gueneville, aquella aventura quedó al cabo relegada a lo más olvidado de mi memoria, en esos rincones adonde sólo vuelve uno a descender cuando surge algún nuevo incidente. De lo único que me

acordaba era de la paradoja sobre los Brutus. En muchas ocasiones, durante diez años, había tenido oportunidad de comprobar su exactitud, aunque persuadido de que en el caso Gueneville, Langlois la había aplicado en falso. La energía de su afirmación y, sobre todo, la anécdota que la reforzaba, me habían impresionado, sin embargo, más profundamente de lo que yo mismo me figuraba. En rigor, ésta era la única explicación, iba a decir la única disculpa, de un paso, de una curiosidad casi feroz, que voy a referir tal como es. Yo la censuraría seguramente en cualquiera otro; pero no me arrepiento. Sin ella no habría yo hallado la clave de este enigma tan cuerdamente entrevisto por Langlois. Ha sido mester más que un simple caletre para prever el desenlace.

Fué un retazo de diálogo, sorprendido en una platea de la Opera, lo que provocó en mí esta crisis de curiosidad. Algunas simples frases que, sin embargo, dieron actualidad a la conversación que sostuviera en el diván del garito con mi amigo muerto.

— ¿Y es oficial esa boda de Melchor de Barsac?— preguntó una señora muy guapa, de la misma edad de la señora de Gueneville diez años antes... y que se abanicaba coquetamente mientras dirigía esta pregunta a uno de sus «devotos», quien, contentísimo de poder proporcionar una noticia reciente, se apresuró a responder:

— Lo he sabido esta misma noche. Cené en casa de los Contay. La madre de Barsac es prima hermana de la duquesa... Así que mi información es de buena tinta.

— Entonces a eso se debe que el palco de María de Gueneville esté vacío esta noche—repuso la interlocutora—. Yo la creía más fuerte...

— Cuando un amante de diez años juega esas pasa-

das, hay que mostrar más energía y no confesar ni el abandono ni la desesperación... Después de todo —continuó tras breve silencio—, acaso esto le sirva de pretexto para unirse otra vez a su marido...

— ¿Gueneville?...—dijo otro de los invitados al palco, riendo alegremente—. ¡Ah! su peor enemigo no le desearía tal cosa; usted no sabe a qué grado de relajamiento ha descendido... A las diez de la mañana ya anda alumbrado, y a media noche hay que verle en casa de Philips...

El nombre de ese bar, célebre en mi juventud entre los aficionados a las carreras, y en el cual podían verse príncipes de sangre real bebiendo alcohol inglés con los corredores de las apuestas, no había llamado en un principio particularmente mi atención. Pero luego, a medida que oía la música distraídamente, con el pensamiento en otras cosas, como les ocurre a todos los que no sienten ese arte más que fisiológicamente, se despertó en mí cierta tentación de volver a aquel pintoresco lugar una vez terminado el espectáculo. ¿Por qué? En verdad, no habría sabido decirlo. Si Gueneville estaba allí, según la costumbre que el chismorroto de los clubs le atribuía, ¿qué interés tenía yo en probar su degeneración? ¡Le había conocido tan someramente años antes y no había vuelto a encontrarlo desde hacía tanto tiempo!... ¿Valía la pena de ir a sufrir, transponiendo el dintel de aquella otra crisis de este cansancio de vivir?... ¡Cuántos han desaparecido ya de los compañeros con quienes iba tan a menudo a rematar mis noches en aquel antro de embriaguez, pero también de sana alegría y divertida observación! Esta idea surgió de improviso en mi mente al empujar la puerta que daba acceso al bar de Philips por la calle Godot de Maurox. Desde la Opera hasta allí había caminado sin darme cuenta, con esa especie de automatismo

que le posee a uno cuando cede a móviles secretos de que no tiene cabal conciencia. Al primer golpe de vista advertí que la espaciosa sala no había cambiado: el mismo mostrador se extendía con su hilera de barriles detrás, y sobre el mármol todos los aparatos destinados a la confección de los *manhatann*, los *widow's smile* y otros brebajes por el estilo. Los mismos altos taburetes junto al mostrador, servían de asiento a unos cuantos elegantes, fieles continuadores de la tradición de los Casal, los Herbert Bohun, los Vardes y los Machault, todos los troneras, en fin, que duermen en la tumba o se han refugiado en el matrimonio; de todos, en fin, los que habían puesto en moda aquel despacho de venenos. Las mismas estampas de carreras decoraban las paredes y los mismos retratos de entrenadores. El mismo olor a ginebra y a tabaco de Virginia saturaba la atmósfera. En el fondo se abría una puerta que daba a una reducida sala. A ella me dirigí sin detenerme, convencido de que aquél era el asilo de los genuinos parroquianos del establecimiento, es decir, de los que se intoxican solemnemente durante horas y horas. Allí, desplomado en un diván, el codo sobre la mesa y la barba en la mano, encontré al hombre que buscaba: a Gueneville en persona. Efectivamente, como el otro había dicho, estaba convertido en una piltrafa humana. El buen mozo de cuarenta años que yo recordaba, gallardo, despejado, guapo, se había convertido en un viejo de la más baja estofa, de rostro abotagado, de pupilas enramadas en sangre, perdidas en las bolsas lacrimosas de los párpados; las mejillas manchadas de rojo, húmedos y caídos los labios. La corrección del traje era lo único que delataba los antiguos hábitos del *gentleman*. El infeliz alcohólico estaba vestido de frac y chaleco blanco, con un ramo de flores en el ojal siempre, y la cabeza em-

blanquecida, tocada con un sombrero de copa, que relumbraba siniestramente bajo la cruda claridad de las lámparas eléctricas. ¿En qué *cocktails* estaba? Los platillos amontonados frente a él lo denunciaban con demasiada elocuencia, y también el estado de inconcebible estupor en que le hallé sumido. Ante semejante cuadro de inmunda degradación, debí haberme retirado en seguida. El proceder de los hijos de Nos nos enseña la única actitud verdaderamente piadosa que debemos adoptar frente a las flaquezas de otro: *Facies oorum aversae erant*. «Sus rostros se volvieron.» En vez de esto, me senté junto al desdichado, que ni siquiera parecía verme, y le anuncié mi presencia, preguntándole por su salud, como si apenas nos hubiésemos despedido la víspera. Contaba, y no me engañé, con esa incapacidad de los beodos para el asombro. Este, efectivamente, no se mostró en modo alguno sorprendido, ni de mi presencia ni de mi pregunta, y me respondió con voz pastosa:

— Voy muy bien, muy bien...

En ese momento, y viéndole en el estado semi-consciente que constituye la embriaguez en los profesionales del terrible vicio, me acometió un acceso de esa curiosidad feroz a que antes hice alusión. Eché una mirada en torno mío para cerciorarme de que estábamos absolutamente solos, y sin más preámbulos le interrogué:

— ¿Se acuerda usted de Melchor de Barsac, señor de Gueneville?

Yo esperaba que al oír este nombre un estremecimiento crispaba la máscara del marido traicionado; que le brillaran las pupilas; que en sus labios se dibujara un gesto. Si delante de mí hubiera saltado furioso y hubiera sido yo la víctima de su arrebato, aquello me habría parecido lo más natural. Contentóse con replicar como atontado:

— ¿Por qué me pregunta usted eso?
— Por nada —respondí—. He sabido hoy que se va a casar; eso era todo.

— ¿Y por qué me dice usted eso también?—repuso el ebrio, sonriendo extrañamente. Luego, levantando los hombros, agregó: —¿Qué quiere usted que a mí me importe todo eso ahora?

Esta última palabra la pronunció con tono muy diferente del resto del discurso, como si hubiese revivido una fibra en medio de su torpeza.

Recordando hoy ese diálogo fantástico, no acierto a comprender por qué le extremé tanto. Pero ¿quién ha podido sentirse poseído del vehemente deseo de conocer a fondo el corazón humano y no ha cedido en ciertos momentos a esa necesidad de la experiencia, iba a decir de la vivisección, cruel delicia también de fisiólogos? Se diría que la Naturaleza, para probarnos que la ciencia de la vida nos está vedada, nos condena a torturar el alma y la carne, cuyo supremo secreto tratamos vanamente de ahondar. Recuerdo asimismo la insistente crueldad de verdugo, de que ahora me avergüenzo, con que seguí preguntando:

— ¿Ahora?... ¡Luego quiere decir que no habría permitido semejante boda en otros tiempos!...—Y añadí bruscamente: —Eso era precisamente lo que me había dicho Arturo Langlois. ¿Se acuerda usted de Arturo Langlois? ¿No? ¡Ni de cierta conversación que sostuvo usted con él a raíz de haber sido éste presentado a la señora de Gueneville?... Vamos, haga usted memoria—. Y repetí, tuve la osadía de repetir la frase que me había dicho Arturo Langlois: —«¡Si usted me la quita, deberá conservarla!»... ¡No fué esto lo que usted le dijo... Recuerde...

Esta vez el ebrio me miró con unos ojos que no olvidaré jamás. Si he cometido un verdadero crimen

de lesa humanidad, abusando del estado casi comatoso en que el aguardiente había sumergido al infeliz intoxicado, por mero afán de arrancarle una confesión, no hay duda también de que fuí duramente castigado por aquella mirada; hasta tal punto me transmitió el horror y el sufrimiento. Intentó el ebrio levantarse, mas como sus piernas no se lo permitieron —tan borracho estaba—, volvió a caer en el diván y soltó una espantosa carcajada, que era casi un hipo. Este sobresalto fué uno de esos despertares momentáneos y súbitos que con frecuencia sufren los infortunados como él, pobres máquinas nerviosas descompuestas, donde la voluntad es pura veleidad y no hay sentimiento estable ni emoción fija. Las imágenes que yo había suscitado en él produjeron como una sacudida, que se transformó en convulsión. Luego, pasados unos instantes, sufrió un decaimiento y comenzó a hablar solo, presa de esa locuacidad incoherente del alcohol, mera excitación superficial, completamente mecánica, alternada con profundos mutismos.

— ¿Qué me importa a mí?—decía, y empleaba aquí un verbo mucho más expresivo y más soez de lo que pueda imaginarse—. Sí, ¿qué me importa a mí... Langlois? Sí, Arturo Langlois. Me acuerdo bien... guapo mozo. Ya murió... Tuvo miedo cuando le hablé. El otro, no... Ella y él creerían que fuí yo el que temí... ¡Qué me importa!...— Y volvía a intercalar el mismo vocablo siniestramente abyecto. —En un principio debía para que las gentes no comprendieran nada...; hoy ya es otra cosa—. Y viendo su vaso medio vacío, lo asió con una mano, que yo vi temblorosa, y llevandoselo a los labios, bebió un sorbo. —Esto sí que no miente...—dijo mirándose esta vez y guiñando el ojo con una alegría que me estremeció. —¡Que se casen! Si le ha enviado para

averiguar lo que yo haría, puede usted decirle que se case con ella, que se casen...—Y agregó burlonamente: —Y si es ella quien le manda a usted, lo mismo...—Y repitió con voz ronca: —Lo mismo, lo mismo.—Había entretanto cogido el vaso, que apuró, apoyándose en seguida contra el respaldo de la banqueta, entornando los ojos como si fuera a dormirse. ¿Era fingido aquel sueño? ¿Era verdadero? Sólo sé que no parpadeó siquiera cuando yo me levanté turbado por aquella brevísima escena que me es casi imposible de referir. Y huí de aquella taberna, sin tener valor para prolongar tan inhumana indagación. Ya sabía bastante para comprender que Langlois había tenido razón: Gueneville había hecho el Brutus, como él decía. Había simulado la comedia del libertinaje, obedeciendo a la más singular de las caballerosidades, él, ¡el burgués casado con la señorita noble! Luego encarnó realmente el personaje que fingió al principio. La máscara se le pegó a la piel. La mueca del vicio se había estereotipado, y yo acababa de asistir al último acto de la tragedia más conmovedora que presenciara en mi vida.

LA VIDA ES LA JUVENTUD

I

Cuando la señora de Montclerc pidió a Guillermo Duclós que la acompañara al *Veglione*, que aquella noche se representaba en uno de los teatros de Niza, aquel hombre sutil no se hizo ninguna ilusión. No creyó que aquella mujer hubiera cambiado repentinamente para él. A los cuarenta y nueve años cumplidos, demasiado comprendía que ya no podía inspirar los deliciosos caprichos que podía evocar su memoria de hombre corrido. Esa experiencia de soltero recalcitrante y de inveterado parisiense—razón de más—, le indicaban a la vez que el más seguro medio para triunfar de las mujeres es obedecer a todos sus antojos, incluso a los más descabellados, sobre todo a los descabellados. Y por eso había consentido en vestirse, a las once en punto de la noche, con un dominó amarillo y lila, color del Carnaval de aquel año, y se había provisto de un capuchón y de una máscara, ¡a su edad! ¿Era pagar bastante caro, y un poco ridículamente, el placer de tener un secreto con la grácil y exquisita condesa, de quien se